

Un dogma para la vida

E.
MIRET
MAGDA
LENA

Atrancas y barrancas van ensayando los cristianos comprometidos nuevos cauces para su vida cristiana, sin desanimarse por el olvido en que les tiene la jerarquía o los ataques solapados que de ella recibe. Son, por ejemplo, las comunidades cristianas de base de ayer y de hoy, y actualmente, sobre todo, las "comunidades cristianas populares", que han empezado a publicar un excelente Boletín lleno de vida, que deberían leer creyentes y no creyentes para conocer el esfuerzo que estos tenaces cristianos realizan, a pesar de la incompreensión ambiente, luchando pacíficamente contra ese desierto de asfalto que es la Iglesia institucional todavía, y que les impide en bastantes ocasiones ir adelante como querrían.

Lo mismo se encuentran en el centro de sus inquietudes la presencia de la Iglesia en las cárceles, como el espectáculo de la Iglesia del brazo de la UCD, o la información de la Tercera Conferencia de Obispos Latinoamericanos, o analizar en qué consiste lo específico de la "Ética cristiana", además de las noticias concretas que se refieren al trabajo realizado por estas comunidades populares en sus propios ambientes.

Pero echo a faltar un trabajo en profundidad que estos cristianos necesitan: encontrar un sentido vital para sus creencias, un dogma para la vida. Porque se nos dice que el cristianismo es vida, pero todo queda en bellas palabras si no somos capaces de transfundir sus creencias fundamentales haciéndolas verdaderas guías para la acción.

Hace menos de cien años se planteó en la Iglesia católica esta necesidad. Necesidad que tuvo sus precedentes en nuestra propia historia religiosa.

Los famosos "alumbrados" mantuvieron la teoría de que la religión cristiana tenía unos dogmas que no debían ser interpretados literalmente, sino más bien como instrucciones de fondo pedagógico para transformar nuestra conducta. Así, por ejemplo, era el sentido de la enseñanza acerca del infierno. Era un procedimiento educativo elemental, como se hace con los niños para asustarlos cuando no quieren hacer lo que debían. Y después de esta postura del siglo XVI, vino la del autor de la "Utopía del Siglo de las Luces", llamada SINAPIA, en la cual se decía que estos misterios religiosos hay que "contentarse con creerlos, sin querer saber el modo", ya que "no pueden explicarse sino con los términos que los explica la Sagrada Escritura". Palabras bíblicas que son más vitales que conceptuales o especulativas, porque la Biblia es un libro donde se relatan las experiencias religiosas de los creyentes,

más que una doctrina sistemática y elucubrate.

Más tarde, en nuestro siglo, se planteó la mal llamada herejía modernista, metiendo en el mismo saco a los más diversos pensadores cristianos: unos ortodoxos y otros heterodoxos. Entre los primeros nos encontramos con quienes dieron en el clavo de lo que hoy deberíamos hacer, si de verdad se quiere que el cristianismo sea una vida. Muchos de ellos se inspiraron en la postura que inventó en el siglo XVII el católico Descartes, que supo distinguir entre el plano especulativo de la filosofía y el plano vital de la religión.

Entre estos autores se encontraba el pensador católico G. Fonsegrive, el cual, en un pequeño librito, hoy olvidado, decía cosas tan sabrosas como ésta: "El pensamiento no tiene en sí mismo su finalidad, y no tiene más valor que estar al servicio de la acción, cuyos resultados, y no las características lógicas del pensar, son los que juzgan del valor de las ideas; una idea que produce buenos resultados tiene su refrendo en esta misma bondad de los resultados". Y añade: "Los dogmas deben tener consecuencias prácticas".

Es esto lo mismo que en siglo XVI vislumbró uno de nuestros más acertados y discutidos pensadores cristianos, Juan de Valdés, el cual dijo: "El negocio cristiano no consiste en ciencia, sino en experiencia".

Hubo también un católico tenaz y casi tozudo a principios de este siglo, que hoy resulta prácticamente desconocido para la mayoría de los creyentes que siguen dentro de la Iglesia. Este benemérito y profundo pensador francés se llamaba Eduardo Le Roy, el cual accedió a los más altos niveles académicos de la filosofía en el país vecino: el Instituto de Francia. Sin embargo, la Iglesia le persiguió acosándole con sus condenaciones, incluyendo sus libros (que hoy serían precursores de una postura ante la fe francamente inteligente) en el "Índice de libros prohibidos". El famoso padre Yves Congar, O. P., le ha vindicado recientemente, aunque el tomismo personal de este dominico le impida reconocer toda la riqueza de la postura de Le Roy. Para este pensador francés, un dogma tiene dos sentidos: uno negativo y otro positivo. Pongamos un ejemplo: el de la afirmación "Dios es personal". Esta ha de entenderse mucho más profunda y mucho más prácticamente que como hasta ahora se había comprendido. No se trata de bucear en el sentido de los conceptos abstractos, como hacía la filosofía escolástica, sino penetrar detrás de los conceptos el sentido último que esta

expresión tiene, y acoplar a él nuestra conducta. Por eso, el primer significado de la expresión "Dios es personal" es la afirmación de un sentido negativo: que la realidad que denominamos los creyentes Dios no es una cosa ni un objeto frío y separado de nosotros; en una palabra: que Dios no es impersonal. Y su sentido positivo, profundamente práctico, es una indicación de lo que debemos hacer: "Hay que comportarse con Dios como con una persona humana". No se trata de una ficción, ni siquiera de un procedimiento pedagógico, como pensaban nuestros alumbrados de hace cuatro siglos, sino que "hay en la realidad algo que justifica el comportamiento que nos imponemos". Así, "la fórmula intelectual en la cual se expresan los conceptos de la conducta adoptada, varía con las categorías mentales de cada época".

El padre D. Lubac, S. J., dio un paso más adelante y se fijó, hace veinticinco años, en la necesidad de encontrar un sentido social para nuestros dogmas.

En una palabra: se trata de encontrar en nuestras fórmulas doctrinales una incipiente "teología de la acción humana", y no unas disquisiciones especulativas que se queden en las alturas de las nubes y no entre las contiendas cotidianas de los seres humanos.

Se desprende de ahí un nuevo concepto de la verdad, tal y como lo expuso el filósofo católico Mauricio Blondel a principios de este siglo: la verdad no puede consistir en "la abstracta y quimérica adecuación especulativa entre la cosa y el intelecto", sino que la verdad es "la adecuación real entre la mente y la vida".

Tenemos que descubrir los católicos que "la vida precede y prepara a la idea; pero que la idea antecede y estimula la vida consciente de uno mismo".

Y por este camino debemos adentrarnos con valentía los católicos para renovar nuestras formulaciones doctrinales, sin perder el núcleo fundamental de vida que tuvieron en otros siglos, y que hoy han perdido muchas veces, o por el anacronismo de sus expresiones o por la superficialidad de los que han querido cambiarlas siguiendo, como siempre, el juego sutil de los conceptos, y no la regla de la vida profunda y real de los creyentes. ■